

# Niña

Carlos Vásquez

Este fragmento es una de las “entradas” incluidas en el libro *El enemigo de la muerte. Abecedario de Elías Canetti* de Carlos Vásquez, donde todas las ideas son de Elías Canetti, pues “sólo en sus frases dispersas y contradictorias consigue el hombre recogerse, ser un todo sin perder lo más importante, repetirse, respirarse, enterarse de sus gestos, fundamentar su acento, ensayar sus máscaras, temer sus verdades, convertir sus mentiras en vapor de verdades, encolerizarse para la muerte y desaparecer rejuvenecido” (1973).\*

*Él le habla al sol y la niña escucha. Ahora habla la niña y él escucha al sol.*

Elias Canetti

18

El juego de la niña (1978), moverse por toda la casa con una sillita. Va con ella a todas partes. Se sienta “donde obstruye el paso”. Tan pronto alguien llega se va a otra parte. Lo mira a uno, arrastra su sillita “hasta el próximo umbral”.

Él tuvo la niña siendo viejo. Ahora que está con ella se pregunta: ¿acaso su presencia palidece la muerte? ¿Logra él apartarla, la de su esposa, la de la niña, la de todos? ¿Le quita en algo su prestigio? ¿Puede dejar de escribirla, invocarla, dejarla hablar? ¿Acaso se vuelve indiferente? Como si ya no pesara, como si el eje se hubiera desplazado y pensara de otro modo o en otra cosa. Cambian los acentos, ¿será así para él? Está ya viejo, ¿puede invertir el curso de su vida? Soslayar a la muerte parece algo nuevo. En lugar de combatirla, dejar de interesarse por ella. Dulcificar el enfoque, matizar, ignorar. Como si cambiaran los verbos de su relación con ella. Habrá que verlo, de ahora

en adelante, en sus apuntes. ¿Su escritura se transforma porque está la niña? (1974).

La aparición de la niña conmueve en él el recuerdo de las niñas en su vida. Podría decir sus nombres. Unas cuantas se le han dado y él no las olvida. Cuando piensa aparecen niñas. Horas sin angustia ni afán. En esas niñas está lo mejor de él. Y querría hablar de ellas. Con las niñas se va, casi se esconde con ellas. Han sido el olvido de la memoria. Las quiere recordar, ponerlas al lado de la niña de él. La niña le hace pensar en los niños en su vida (1978).

Con la llegada de la niña todos los niños se divinizan. Él toca el misterio de la fe. Y a la vez, siente que recupera la esperanza. Está también la ternura por todas las cosas. La niña le transmite eso, lo vuelve sabio con los dolores (1982). Todos le preguntan por la niña (1983). Él les habla de ella, se sorprenden por el amor con que la menciona. Hay un aire en sus apuntes de magia y distensión, una especie de suavidad en las ideas. Ahora escribe con una bondad desconocida. Él es consciente de esa mutación. Las personas parecen compadecerlo, es un

hombre viejo para tener una niña. Lo que es evidente es lo que ella le da. Los apuntes en los que ella aparece son los más bellos. Las preguntas están a la mano. Él siente el deseo de pensarlo todo desde ahí. Por su lado, él cree que podría acercarse con sus propias niñas. Ninguna fue su hija. Pero el poder de esas presencias es muy intenso.

Él rechaza la idea de otra vida. Ese repudio obedece al amor. Y ahora, para él (1984), la vida de los tres. Incluso la idea de que el alma se separe del cuerpo le resulta ofensiva. Cree en la vida y no admite la separación del alma y el cuerpo. Esta vida, la mesa en la que escribe. Desde que está la niña los nombres se pueden tocar. El escritor no está dispuesto a renunciar a nadie ni a nada. No espera nada en otro tiempo, no cree que exista otro lugar. Incluso no concibe que pueda encontrarse con alguien. La creencia en la resurrección en otra vida y el encuentro con los muertos ha cedido su lugar a la esperanza de que alguien regrese. ¿Ahora que está la niña no podrían los muertos volver? También él ha soñado que una persona vuelva. No sabría qué preguntar. Él dice que el reencuentro con los muertos justifica ideas extremas (1984).

Afirma que le da a la niña lo que él es. Le dibuja en el aire nombres e historias. Ante la niña se muestra completo. Es cierto que lo dice con algo de vergüenza, le pesa la idea de no poderle dar lo que ella le pide. Para entonces (1984) ya ha escrito su autobiografía y, hasta donde sabemos, ahora no escribe sino apuntes. En algunos de ellos menciona a la niña, como en uno (1984), en el que dice que ahora ama el anochecer, la hora en que la niña juega con su madre. Se dice, tú no juegas con ella. Subraya la palabra “tú” como si señalara a alguien con el dedo. En lugar de jugar le cuenta historias,

imita personas, exagera, la asusta, la hace reír, inventa, hasta que la niña no puede de la risa y aun pide más. Y agrega: “Creo que no puedo dar a la niña más que lo que yo soy esencialmente, y por eso rehúyo cualquier relación corriente con ella, como sería habitual. No le he dado nada de las cosas generales, aunque ella las quiere” (1984).

Él es un hombre habituado a las separaciones. Juega con ellas peligrosamente. Es un “juego perverso” (1973). Busca la soledad. No acepta vivir atado. Quiere estar solo para encontrar su aire. Necesita aislarse para pensar. No puede escribir si no está apartado. Entre tanto, para él las relaciones felices han sido con niñas. Es terrible tener que separarse para escribir. Le parece una vergüenza y siente culpa por ello. Ahora piensa que ha sido infructuoso. Y cuando aparece una niña se acuerda. El diálogo se da, la cercanía se teje, la presencia se revela. Piensa que la soledad es una cobardía. Reserva para ellas sus mejores horas. Él también chancea y hace reír e inventa historias. Él no es un escritor, es un poeta, no está seguro que él aceptase ese nombre. ¿Cómo puede un poeta acercarse a niñas? No es absurdo pensar que desde su niña él pensó en tantos niños gaseados. Por eso está obligado a escribir, y ella lo lleva a tantos niños muertos.

La niña no teme a la muerte. Ama a los animales, no le tiene miedo a ninguna persona. Él piensa en el miedo, el que provoca alguien. Esa es su bondad y la educará durante mucho tiempo. No hay nada comparable al miedo que las niñas sienten por otras personas. Él no le teme a nadie, siente miedo por mucha gente. Johana le tuvo miedo a una mosca y por un tiempo a la luna. “Llora cuando una mosca se le acerca, se queda en un rincón mientras la mosca da vueltas en su camita” (1974).



Ciceros.  
Javier Arango

Javier Arango, *Ciceros*, fragmentación - matriz de linóleo, 1997

Hay un apunte de 1976 en el que él describe los rituales de la niña. Lo primero, el amor por la repetición. La niña quiere que las cosas se hagan como “le resulta familiar, con la misma gente, de la misma manera”. Si algo cambia se desespera. Lo segundo, su amor por los nombres. No quiere nombres nuevos, pide los que ella conoce. Exige a los demás que repitan con ella. Que un nombre se diga en coro es un signo de salvación. Cada nombre es la persona, el animal o la cosa. Los nombres recogen y cuidan. “Muy pronto se apiadó la niña de todos los nombres de los animales” (1978). La niña se apacigua con nombres. Tercero, la niña retiene palabras. Tiene oído para las palabras. Las guarda y las dice cuando las ha conocido. Es como si se midiera con ellas y las meditara. Calla palabras para luego decir las. La niña se acuerda de todo. Sus recuerdos son frescos y no sufre el pasado. Así mismo, “la niña me echa a veces de su habitación. ‘Que se vaya a su cuarto’. Como nunca me enfado ni la critico, sus pretensiones aumentan: intenta prohibirme la entrada al vestíbulo y al pasillo, como si solo tuviera derecho a mi propia habitación y nada más” (1976). La niña dice no a todo, el “no” es “su placer”, la primera palabra. Le gusta mentir, dice una falsedad y “se queda aguardando. Cuando uno luego replica con un enfático ‘falso’, ella se ríe fascinada” (1976).

Él agradece el poder contagioso de la infancia (1982). Cada vez que está con niñas siente ese contagio. Las niñas aman y cuidan a los niños. Forman una cadena de protección, van creciendo y consuelan a niños pequeños. Una de las cosas que más temen son los dientes, por ejemplo, los de los tiburones (1976). Como si supieran desde muy temprano de qué se trata. En 1980, a los ocho años del nacimiento de Johana, él dice que apenas empieza a entender que hay en su vida una niña. ¿Qué le ha dado ella? De un modo in-

contestable, dice que “gracias a la realidad de esta niña ha vuelto a ser un ser humano”.

Cuando Johana comenzó a hablar, él se sintió deslumbrado. El asombro de las palabras en la boca de las niñas no se compara con nada. Es como si se inventaran en ese momento, como si la niña tejiera una lengua. Toda una vida escribiendo para entender que toda la lengua está en la boca de ella. Para un escritor eso puede llegar a paralizar (1974). Ahora que lo piensa, las niñas le han alargado la vida. Le han dado un tiempo que él no tenía. Le han dado tiempo (1978). Los niños, al parlotear, son oráculo (1980).

Quienquiera que lo haya leído, sabrá medir la profundidad de este apunte de 1946: él le responde su pregunta sobre la muerte: “‘Uno se duerme’, le dice él a la niña, ‘pero no vuelve a despertarse’. ‘Yo siempre me despierto’, dice la niña muy contenta”.

\* Los años que aparecen entre paréntesis corresponden a las fechas de escritura de los apuntes referidos de Canetti que el lector podrá ubicar en la referencia suministrada.

## Referencia

Canetti, E. (2007). *Obras completas IV. Apuntes (1942-1993)*, Galaxia Gutenberg, pp. 460, 876, 896, 938, 950, 958, 967, 408, 419, 438, 455, 438-439, 525, 887, 422, 457, 922, 446.

**Carlos Vásquez** es filósofo y poeta. Ha publicado, entre otros, los libros *El oscuro alimento*, *Desnúdame de mí*, *Hilos de voz*, *El arte jovial: la duplicidad apolíneo-dionisíaco en el nacimiento de la tragedia de Nietzsche*, *La nada luminosa – Fernando Pessoa, un poeta de la naturaleza*, *Pequeña luz*, *Derivas y Ahora juntos*. Este fragmento hace parte de *El enemigo de la muerte. Un abecedario de Elias Canetti*, Editorial Universidad de Antioquia, 2021.